

La Cultura de la vida en el campo Internacional

Dr. D. Juan Manuel Suárez del Toro.
Presidente Internacional de la Cruz Roja y
la Media Luna Roja.

Debo empezar por agradecer la invitación que me hacen para participar en estas Jornadas Teológicas. Y muy especialmente, por darme la oportunidad de transmitirles el quehacer cotidiano de la Cruz Roja y la Media Luna Roja en todo el mundo a favor de todas las personas que padecen, por diferentes circunstancias, situaciones severas o extremas de vulnerabilidad. Es un trabajo que, como ustedes saben, compartimos con diferentes instituciones católicas, con las que coincidimos en muchos lugares y en muchas dedicaciones.

Recientemente, tuve la satisfacción y el alto honor de ser recibido por su Santidad el Papa Benedicto XVI, quien tuvo palabras de cariño para los voluntarios y especialmente para los jóvenes que incorporan el ejercicio de la solidaridad como parte de sus vidas.

En estos tiempos, constatamos con satisfacción las numerosas iniciativas que, desde todo tipo de opciones, convergen en el cumplimiento del mismo imperativo humanitario que ha movido desde su origen, hace más de 140 años, a la Cruz Roja y la Media Luna Roja. Se trata de contribuir a la exigencia ética de que todos podamos compartir, desde la equidad, parecidas condiciones de vida digna.

Ésta es una aspiración, hasta hace poco, considerada por muchos como utópica. Hoy adquiere la calidad de proyecto realizable, si tenemos en cuenta el

desarrollo económico, científico y tecnológico alcanzado. De manera objetiva, si existiera la voluntad, este hecho nos podría asegurar ahora suficiente acopio de recursos, de manera que sería posible atender las necesidades básicas de todos.

Sin embargo, la realidad se empeña en desafiar esa deseable posibilidad. La intolerancia y la codicia, a veces hasta el extremo de la violencia. La discriminación y la exclusión siguen siendo las causas del terror, el abandono, el hambre, la enfermedad, el deterioro ambiental y la pobreza que esclavizan a millones de personas, repartidas por todos los rincones del mundo.

Lo cierto es que, todavía (según datos de Naciones Unidas de 2005) más de 1.000 millones de personas luchan por subsistir en medio de la pobreza extrema (y 815 millones tienen dificultades para alimentarse, muchos de ellos niños). Se calcula que, cada año, mueren alrededor de 11 millones de menores de cinco años por causas neonatales, por hambre o por enfermedades prevenibles o tratables.

La epidemia del Sida ya se ha cobrado la vida de 20 millones de personas desde su aparición hace 25 años y, ahora, 39 millones de personas están infectadas por VIH. Pero también el paludismo y la tuberculosis causan millones de muertes al año.

También podemos señalar la enorme mortalidad materna que afecta a los países en desarrollo; alrededor de medio millón de mujeres por año muere en el parto y cerca de 10 millones sufren lesiones invalidantes durante el mismo. Pensemos que la mortalidad materna en los países desarrollados es de 14 casos de cada 100.000 nacimientos, mientras en los más desfavorecidos es de 450 por cada 100.000.

Viene a agravar toda esa realidad de muerte, así como a dificultar la erradicación de esa pobreza los constantes conflictos armados, que entre 1994 y 2003, causaron 13 millones de muertes. Y también los cada vez más frecuentes desastres de todo tipo (en ese mismo periodo, como todos los datos según la ONU, 669.000 muertes).

El compromiso de todo el voluntario y voluntaria de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja es reducir la extrema vulnerabilidad de esas personas y, de esa forma, contribuir a un mundo con comunidades más fuertes y libres para vencer sus propias y severas dificultades.

Esa es nuestra visión para extender y consolidar una *cultura de la vida*, que fundamentemos en el derecho a la dignidad de las condiciones de existen-

cia de todos. Y también, en la solidaridad como deber de todos, para garantizar un bienestar humano básico, éticamente aceptable.

“Proteger la dignidad humana” fue el objetivo general en torno al que se reunió la XXVIII Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja de 2003. En la misma, a partir de la amenaza real para la humanidad que representan los conflictos, de los desastres y las enfermedades y la miseria, acordamos un Plan de Acción destinado a contribuir a que los derechos de las personas sean respetados y, de esa manera, reducir la vulnerabilidad de las personas.

El compromiso de nuestro voluntariado, muchas veces ejemplo de abnegación y sacrificio personal, es la herramienta esencial de nuestra organización, para estar junto a los más desfavorecidos de cada sociedad, de cada lugar. Escuchar el sufrimiento del otro, e intervenir efectivamente para aliviarlo, es la razón de existir del Movimiento Internacional de la Cruz Roja Española y de la Media Luna Roja.

Desde Luego, la voluntad es atender cualquier situación de urgencia, pero entendiendo en todo caso que también es indispensable prevenir y reconstruir. Y, después, también cooperar al desarrollo de las personas y sus comunidades, fortaleciendo sus capacidades.

Pero, tal vez, antes de referirse la labor local, nacional o mundial que realizamos, en beneficio de esa cultura universal de solidaridad con los más vulnerables, sería oportuno transmitirles los valores y fundamentos en los que se apoya. Desde su origen, en 1859, en la batalla de Solferino, en la que Henri Dunant decide organizar el socorro para atender a quien sufre, sin distinción de nacionalidad y desde 1864 cuando se funda la Cruz Roja, la organización ha ido creciendo y ampliando su actividad, pero siempre basándose en ciertos valores humanitarios. La solidaridad, el carácter voluntario, la equidad y la proporcional ideal siempre han sido señas del quehacer de la Institución.

Definitivamente, en 1965 fueron aprobados por unanimidad los siete Principios Fundamentales en vigencia, que inspiran las actividades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja y orientan la dedicación de cuantos la integramos. Humanidad, Imparcialidad, Neutralidad, Independencia, Voluntariado, Unidad y Universalidad son esos principios que guardan nuestra doctrina de actuación.

El primero de ellos, el de Humanidad, enmarca la acción ideológica y filosófica de nuestra institución en todo el mundo. Su enunciado nos anima a prestar auxilio a todos y a prevenir y a aliviar el sufrimiento en todas las circunstancias, a proteger la vida y la salud y a hacer respetar a la persona. De esta forma se pretende favorecer la comprensión mutua, la amistad, la cooperación y una paz duradera entre los pueblos.

Como les comenté, recientemente tuve la satisfacción y el alto honor de ser recibido por Su Santidad el Papa Benedicto XVI, precisamente con Su Santidad abordamos el hecho de cómo los valores de la Cruz Roja Española y de la Media Luna Roja, que tienen como eje la vida y la dignidad del ser humano, pueden ser aceptados por todos, a pesar de las diferentes culturas y sensibilidades. Preocupación del Papa acerca del diálogo con el Islam.

Por tanto, nos sitúa ante el sufrimiento y al servicio de la vida. Nuestra labor la realizamos porque creemos en el ser humano, siendo conscientes también que son muchas las personas que sufren debido a la inhumanidad de los semejantes. Sabemos que detrás de la guerra, de las catástrofes y de la pobreza se esconden nuestros auténticos enemigos: el egoísmo, la intransigencia, la indiferencia y también el desánimo ante el padecimiento ajeno.

A partir de ahí, el principio de Imparcialidad postula, con carácter imperativo, la no discriminación en la labor de toda nuestra organización. Nos exigimos prestar ayuda a quienquiera que lo necesite, en cualquier momento y haciendo abstracción de diferencias objetivas entre individuos, sea por diferencias objetivas entre individuos, sea por diferencia de sexo, de raza, de nacionalidad, de religión, de opción política o de cualquier otro criterio análogo. Procuramos exclusivamente, ayudar a las personas en proporción a sus sufrimientos y remediando sus necesidades y dando prioridad a las más urgentes.

Por lógica, también esa imparcialidad alcanza a observar la plena accesibilidad a nuestras Sociedades Nacionales, para compartir el trabajo humanitario de cuantas personas de cualquier opción así lo decidan. La posibilidad de contar con una diversidad ideológica diluye los riesgos de iniciar derivas sectarias o partidistas. De manera concreta, el principio de Unidad enuncia que, en cada país, la Cruz Roja debe ser accesible a todos y extender su actividad a todo el territorio. Obviamente, esto excluyendo los criterios o corrientes ideológicas en contradicción con estos Principios que les comento.

Y un instrumento básico para observar esa absoluta imparcialidad, es mantener también una escrupulosa Neutralidad, tercero de nuestros principios y no siempre bien entendido. Lo cierto es que esa Neutralidad posibilita, muchas veces, acercar ayuda o prestar apoyo a muchas personas atrapadas en la discordia o en la desesperanza.

Hablo de Neutralidad activa, que nunca puede ser cómplice silencioso de la injusticia o la indiferencia hacia el sufrimiento, el estigma, la discriminación o la intolerancia.

Esa es la razón por la que mantenemos una absoluta reserva en controversias de toda índole. Cualquier postura que adoptáramos, conllevaría la desconfianza de algún sector, lo que dificultaría nuestras actividades humanitarias. Sobre todo en situaciones de conflicto esta cuestión es crucial. Pero también ocasionalmente, en países en los que existe oportunidad de defender cada cual su idea, la Cruz Roja Española y de la Media Luna Roja puede encontrarse presionada para inclinarse por una opción determinada.

Sin duda, la neutralidad debe caracterizar siempre la conducta de cualquier integrante de nuestra Institución. Pero al mismo tiempo, precisamente por la diferencia de criterios, ideas y creencias, las dudas éticas que pueden surgir durante el desempeño humanitario, son estrictamente respetadas y solo sometidas al juicio de la conciencia personal.

Nos esforzamos en defender, en todo momento, nuestra Independencia, también establecida como Principio Fundamental de la Cruz Roja. Nos debemos oponer a toda injerencia de orden político, ideológico o económico, que venga a desvirtuar la humanidad, la imparcialidad y la neutralidad, que deben destacar en nuestras dedicaciones. Esa independencia debe salvaguardar de la libre determinación para seleccionar, apoyándose en evaluaciones objetivas a desarrollar y los grupos de población objeto de éstas.

Y me gustaría incidir, cuando hablamos de la independencia, en otra de las cuestiones que, a menudo no son claramente percibidas. Me refiero al cometido, especificado en nuestros Estatutos internacionales, de auxiliar de los poderes públicos de todas las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja Española y de la Media Luna Roja. En calidad de tal, cualquier Sociedad Nacional debe mostrarse dispuesta a apoyar a las autoridades en los ámbitos humanitarios, pero sin que por ello ningún Estado pueda obligarla a realizar una tarea o a renunciar a otra. La Cruz Roja debe ser libre para determinar y modificar sus prioridades y para rehusar cualquier dedicación contraria a nuestros Principios.

Pero si a nuestros siete Principios les apellidamos fundamentales, cuando hablamos del referido al Voluntariado, creo que merece identificarle como esencial. Desde el principio y hasta hoy, los voluntarios y voluntarias han sido el motor de nuestra organización. Gracias a la generosidad de cada uno, asistimos a la realidad de una red de solidaridad en la que participan activamente cerca de cien millones de personas en todo el mundo. Ellos han contribuido y contribuyen a nuestro objetivo de aliviar el sufrimiento y proteger la dignidad humana. Pero además, con su ejemplo de fraternidad, son también principales impulsores de la cultura de solidaridad que pretendemos universalizar.

En este foro, puede resultar innecesario que me extienda más sobre los valores que significan al voluntariado, toda vez que también éste es consustancial a la inmensa labor social y humanitaria que desempeña la Iglesia. Simplemente, me gustaría que esta referencia sirviera de reconocimiento a cuantos voluntarios, desde cualquier opción, se entregan a que este mundo sea mejor.

Respecto a nuestra organización, les insistiré en que el voluntariado sigue constituyendo su pilar fundamental. Su compromiso ético y su vocación transformadora de las situaciones de desigualdad y precariedad orientan, en buena medida, los pasos de la Institución hacia nuestras metas. En coherencia, nuestra estructura organizativa tiene hoy entre sus prioridades el fortalecer la capacidad de intervención humanitaria de todo nuestro voluntariado en el mundo, dotándole de todos los recursos formativos y materiales posibles para su más efectivo trabajo.

Posiblemente, el último principio fundamental enunciado, el de Universalidad, encierra el propósito de todos los anteriores. Podemos decir que a la universalidad del sufrimiento corresponde la universalidad de la acción humanitaria.

En nuestros días, la extensión mundial de ese sufrimiento es el dramático inventario de muerte y miseria que, de manera sintética, evidencian los datos que, al principio, he referido. Pero también las tareas para combatir esa situación están enunciadas y planificadas, en los Objetivos del Milenio para el Desarrollo de las Naciones Unidas. Concretamente, éstos nos proponen que para 2015 logremos erradicar la pobreza extrema y el hambre; alcanzar la enseñanza primaria universal; promover la igualdad de género y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; luchar contra las enfermedades; garantizar

la sostenibilidad ambiental; y fomentar, en definitiva, una asociación mundial para el desarrollo.

La Cruz Roja y de la Media Luna Roja no quiere permanecer pasiva ante esos requerimientos humanitarios. Este es el mensaje que transmite, con carácter universal, a todos. Primero, destinado a promover la ayuda mutua entre los propios integrantes de nuestro Movimiento Internacional, para el mejor desarrollo de su labor. Y, a la vez, al conjunto de la comunidad internacional, gobiernos y ciudadanos, al objeto de estimular su solidaridad con los más vulnerables.

Estos siete fundamentos doctrinales, complementarios de los preceptos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, engranan nuestra acción voluntaria y humanitaria en todo el mundo. Como comentaba al inicio, todos los recursos institucionales a nuestro alcance; materiales, educativos, diplomáticos, etcétera, son utilizados, en primera instancia, para garantizar la supervivencia de los millones de niños, mujeres, adultos y ancianos, tan injustamente condenados. Queremos ver cómo esa amenaza contra su vida desaparece y ellos mismos son capaces de defenderla como lo más preciado. En Cruz Roja estamos convencidos de que es posible conseguir su derecho a la esperanza.

Esa razonable y razonada ilusión nos conduce, desde los primeros pasos institucionales a implicarnos humanitariamente en el apoyo a las víctimas de las situaciones más penosas para las personas. En guerras, en catástrofes, en escenarios de marginación, etcétera, estamos con las víctimas prestando el apoyo material o efectivo más necesario para recuperar, y después mantener, su dignidad como personas y la prosperidad de su comunidades.

Permítanme explicarles que nuestra organización mundial está integrada por el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), organismo con autonomía dentro de la organización; y por la Federación Internacional, que tengo el honor y la satisfacción de presidir. En ella siempre se integran las 185 Sociedades Nacionales de la Cruz Roja Española y de la Media Luna Roja de otros tantos países.

El CIRC, órgano fundador de la institución, asume la protección de todas las víctimas *de las guerras entre naciones o de conflictos internos*. Para su difícil labor se sirve de esta autonomía antes mencionada, y que le permite observar una estricta neutralidad entre países o bandos, en esas situaciones de extrema tensión o de violencia.

El Derecho Internacional Humanitario (más conocido como los Convenios de Ginebra) que recoge las obligaciones asumidas por los Estados en tiempo de guerra constituye su fundamental herramienta de trabajo. Extender su conocimiento y hacer respetarlo, algo muy difícil de conseguir muchas veces, acapara los esfuerzos de sus delegados en todo el mundo. Hacer llegar la ayuda humanitaria y proteger a los civiles en los escenarios de enfrentamiento es tarea cada vez más compleja por la naturaleza de los conflictos actuales. Sin embargo, su intervención siempre da más posibilidades a la reconstrucción de la convivencia después de la hostilidad extrema.

En la Federación, que presido, procuramos organizar las respuestas humanitarias conjuntas a los desastres naturales o inducidos, a los desplazamientos masivos que éstos o los conflictos provocan. Nuestras áreas esenciales de actividad consisten en la prevención de los riesgos de estas catástrofes y la intervención cuando se producen, así como la promoción de la salud y otros apoyos a la comunidad.

En cooperación con nuestras 185 Sociedades Nacionales, las últimas en incorporarse han sido las de Israel y Palestina, trabajamos por la concordia desde la concordia. Ayudando a los afectados por desastres, que están refugiadas en otros países, o desplazadas dentro de su propio país. La importancia de esta implantación mundial reside en la acción local de cada Cruz Roja o Media Luna Roja, conformando una red que extiende su intervención diversificada y cercana a requerimientos sociales o humanitarios concretos. Dicho de otra forma, la suma de esos esfuerzos locales y compartidos por contribuir al desarrollo humano es la Cruz Roja y la Media Luna Roja.

Sin lugar a dudas, la violencia de los conflictos como factor de destrucción tiene su mayor competido, cuando no su mejor aliado, en la pobreza. Ésta es, según las ocasiones, a veces la causa o consecuencia de esos conflictos armados y demás formas de violencia. Pero también de epidemias, o de desastres. Los pobres son hoy las víctimas propiciatorias, por su propia vulnerabilidad, del hambre, de la inseguridad, de las catástrofes o de la enfermedad.

En contrarrestar esa realidad de pobreza, primero, y en contribuir a transformarla, en definitiva, encuentra su motivo la labor de todo el Movimiento Internacional y en particular la Federación Internacional.

Ésta, por acuerdo de sus 185 Sociedades Nacionales, tiene establecida una Agenda Global de actuación, orientada a ofrecer ayuda a millones de per-

sonas, víctimas damnificadas por desastres; refugiadas en otros países; o desplazadas de sus hogares en su mismo país y que sufren situaciones de extrema precariedad; o aquellos otros afectados por otras dificultades socioeconómicas.

Específicamente esa agenda establece cuatro objetivos, que vienen a completar los Objetivos del Milenio comentados, a saber, reducir las muertes y daños causados por los desastres; reducir el número de muertes, dolencias y enjuicios relacionados con las enfermedades y emergencias de salud pública; aumentar la capacidad de las comunidades locales para abordar su propia vulnerabilidad; y reducir la intolerancia, la discriminación y la exclusión social, promoviendo el respeto a la diversidad y a la dignidad.

Permítanme que me detenga en un hecho de nuestros días que entiendo merece una atención especial de cuantos creemos en la humanidad y la solidaridad. Me refiero al fenómeno migratorio. En los últimos 50 años (Informe del PNUD 2006), casi se ha duplicado el número de personas que viven fuera de su país de origen. En 2005 esa cantidad llegó a 191 millones de personas. Y es importante señalar que la mitad de ellas son mujeres, a menudo víctimas de abusos de todo tipo.

Y es fundamental hablar de la inmigración como factor de desarrollo y para la erradicación de la pobreza. Los beneficios son evidentes tanto para la sociedad de acogida como para la de origen. Según estimaciones del Banco Mundial, en 2004, las remesas enviadas por los inmigrantes a sus países sumaron 232.000 millones de dólares y, de este importe, los países en desarrollo recibieron 167.000 millones, equivalente a la ayuda mundial al desarrollo.

Pero me parece oportuno seguir advirtiendo que debemos continuar haciendo un esfuerzo para lograr su *plena integración en nuestras sociedades de acogida*. Hemos de reconocer que todavía existen prejuicios ante personas de otras culturas que, en ocasiones, alcanzan la irracionalidad de la xenofobia o el racismo.

Por otra parte, cabe señalar el grave problema que representa la *inmigración irregular*. Hoy se calcula, que entre 30 y 40 millones de personas se encuentran en esa situación. Miles de personas de todos los países de América Latina y el Caribe, África y Asia arriesgan, cuando no pierden, la vida tratando de llegar a Estados Unidos, Canadá, Europa o Australia.

En nuestras Islas, sabemos bien del sufrimiento de estas personas, que, en el caso de llegar, inician una trayectoria de sufrimiento, a veces, peor que la que trataban de dejar atrás. ¿O no?

Emigración regular, pero atendiendo

La atención a los desastres naturales o provocados representa una gran porción del esfuerzo que la Cruz Roja y de la Media Luna Roja realiza a través de su Federación. En todo el mundo, el impacto de éstos es cada vez mayor. Según nuestros datos, por término medio, alrededor de 210 millones de personas al año, muy mayoritariamente sumidas en la pobreza, se ven afectadas por desastres. No son solo grandes desastres, sino desastres periódicos de menores dimensiones. Lo cierto es que esa cifra es tres veces superior que en la década de los 70.

Pero junto a los graves efectos de estos desastres que, muchas veces, por su sorprendente envergadura, suscitan la atención de la opinión pública mundial, es preciso mantener la atención sobre otros desastres más devastadores que, por su persistencia, han perdido la atención de la actualidad e, incluso la capacidad de conmover. Hablo, especialmente de la epidemia del SIDA que considero una catástrofe cotidiana.

Según los datos que manejamos en la Federación, el número de huérfanos a causa del SIDA podría pasar de los más de 12 millones de registrados actualmente a 24 millones en 2010. De hecho, ya se duda de la viabilidad de algunos estados, si no se apoya a los huérfanos y otros niños, especialmente en África. Creo que esta situación ilustra a las claras, primero, el impacto del inmenso desastre que es la pobreza, así como el riesgo global que ésta representa para las futuras generaciones.

Un agravante de la vulnerabilidad de las personas y las comunidades es el deterioro *medioambiental*. El hecho demostrado de que estamos esquilmando los recursos naturales y reduciendo la biodiversidad tiene ya graves consecuencias directas, como siempre, en los más pobres. Las cosechas raquíticas, la falta de acceso al agua potable o la desertificación agrava situaciones de hambruna, de enfermedad y hace aumentar los efectos de los desastres naturales.

Referencia al medio ambiente

Un informe elaborado por la ONU sobre la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio, nos advierte que en el periodo de los últimos 50 años,

hemos transformado los ecosistemas más rápida y extensamente que en ningún otro. Así hemos resuelto rápidamente las demandas crecientes de alimento, agua dulce, madera, fibra y combustible. Pero además, el informe calcula que esa degradación podría empeorar durante la primera mitad del presente siglo y ser un obstáculo para la consecución de esos objetivos del Milenio, que antes he mencionado.

Hoy, ya resulta poco real proponerse reducir la vulnerabilidad y aumentar la fortaleza de las comunidades, si no consideramos esencial los aspectos medioambientales. *Hablar de la dignidad de la persona es hablar también de respeto al medio ambiente.*

Bien es cierto que esa explotación ambiental ha proporcionado progresos a la humanidad. Pero eso ha ido sucediendo a costa de llegar a una degradación que hoy acentúa la pobreza y puede impedir, de seguir en esa tendencia, a comprometer el bienestar del conjunto de la humanidad en lo venidero.

En resumen, yo les diría que la Cruz Roja y de la Media Luna Roja persiste en llegar a todas las personas que requieren un apoyo externo, sea en el lugar que sea. Y en ese afán es fundamental la labor de cada Sociedad Nacional. Evidentemente, según las realidades sociales distintas, los requerimientos solidarios son diferentes de un lugar a otro. Por eso, me gustaría ofrecerles unos sintéticos apuntes de las dedicaciones de Cruz Roja Española, que, creo, ilustran el compromiso solidario de nuestras Sociedades Nacionales.

Por una parte, quisiera comentarles lo que hoy es una de las partes principales de Cruz Roja Española: nuestro esfuerzo en cooperación internacional. Hablando del pasado año, 2005, les diré que desarrollamos proyectos en más de sesenta países.

La otra parte de nuestras prioridades la acapara la atención a los colectivos y personas más vulnerables en España. Son aquellos que afrontan carencias económicas, sociales, culturales, de salud, o simplemente afectivas. Intentamos ofrecerles recursos para combatir la exclusión y la vulnerabilidad, teniendo en cuenta las carencias y dificultades de las *personas mayores solas o enfermas*; de los inmigrantes irregulares y regulares; de las mujeres amenazadas y maltratadas; de las personas afectadas por VIH/SIDA: de los internados en prisión; de los drogodependientes; de la infancia y juventud desprotegida o maltratada; etcétera; etcétera. Todo ese trabajo se aborda desde un enfoque integral, atendiendo las distintas dimensiones del fenómeno de la exclusión social. En 2005

fueron 1.684.246 personas las que recibieron el apoyo y afecto de casi 26.000 voluntarios por alguna de esas circunstancias compartidas con caritas y otros miembros.

En Cruz Roja Española estamos a punto de concluir un Informe sobre la *vulnerabilidad* en España, que estamos realizando a partir de las personas a las que hemos prestado algún tipo de apoyo social. Y me gustaría adelantarles que en él, entre otras cuestiones, se concluye la necesidad de profundizar en los derechos subjetivos de la atención social, desde criterios de universalidad, equidad, solidaridad y proximidad, para reducir la vulnerabilidad de todas esas personas. La ayuda para la autonomía personal y la condición de dependiente es ya un derecho que Administraciones y ciudadanos debemos respetar y apoyar. En este sentido, dicho Informe valora muy positivamente la muy próxima ley de Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia, que hemos seguido con atención para que quedara suficientemente contemplada la iniciativa de las organizaciones sociales en esas fundamentales tareas para la dignidad de las personas.

Para terminar, queridos amigos, les diría que la experiencia que, por mi dedicación, estoy teniendo la fortuna de recoger, me muestra todos los días esa cultura de la muerte que propicia la miseria, la violencia y las catástrofes. Sin embargo, creo que es mucho más fuerte, a pesar de todo, el espíritu de supervivencia y de esperanza que siempre ves surgir y levantarse en esos escenarios. *Diría que la vida puede siempre más que la muerte.*

Son muchos los lugares donde la vida y la muerte están muy cercanas, en dónde esa convivencia es cotidiana. Y eso, siempre me hace preguntarme por qué la vida no vale lo mismo en un sitio que en otro; por qué permitimos que tanta gente muera si es perfectamente evitable, cuándo bastaría con una mosquitera, una sal de rehidratación, una vacuna o agua potable para que pudieran seguir viviendo.

Ves que los mayores gestos de agradecimiento y solidaridad los protagonizan precisamente quienes no tienen nada: la hija que cuida a sus padres y hermanos gravemente enfermos, o la vecina que se hace cargo de los muchachos huérfanos. Sin embargo, no son pocas las veces en que, a la hora de reclamar ayuda en los foros internacionales y las instituciones estatales, resulta poco convincente hablar de ese sufrimiento. Muchas veces es más práctico hablar de seguridad y de estabilidad en la zona que sea, de destrucción del tejedito produc-

tivo o de presiones de la inmigración. Creo que esa es la auténtica brecha entre el norte y el sur.

Por tanto, es esencial que pensemos en los demás y en no volvernos insensibles ante el sufrimiento ajeno. Ese es el mayor riesgo que tienen nuestros semejantes más vulnerables y débiles: que no veamos su sufrimiento y que no nos enteremos de su muerte.

Señoras, señores, al terminar esta exposición me gustaría haber podido trasladarles la decidida defensa de todo lo que nos hace más humano. Espero haber tenido algo de acierto para trasladarles cómo queremos contribuir a que la vida digna y libre sea un derecho de todos, haciendo una propuesta universal de concordia.

Muchas gracias

J. M. Suárez del Toro